

AUTORES S. XX

Freud y la traducción (IV)

Por Marieta Gargatagli

El plurilingüismo era común entre los escritores y científicos de finales del siglo xix. Freud no fue una excepción: estudió griego, latín, inglés y francés; cultivó por su cuenta el italiano y el español; utilizó el yiddish y recordó para siempre el hebreo aprendido en la infancia. Este complejo escenario verbal formó su pensamiento, permitió el pasaje de una lengua a otra dentro del trabajo analítico y albergó una desatinada fascinación por ciertos autores. A Shakespeare, que empezó a leer a los siete años, le atribuía, por los rasgos de su cara, un origen francés —el apellido debía ser una corrupción de «Jacques Pierre»—, y pensaba que el verdadero autor de sus obras era el conde de Oxford. Tales ideas no fueron un obstáculo para recordar largos fragmentos de memoria y recitarlos de forma, generalmente, oportuna. Admiraba sin límites a Cervantes, aunque creía, embutido en uno de los pliegues antifemeninos del curioso discurrir decimonónico, que no era una lectura adecuada para su futura mujer, Martha Bernays. Tampoco ello le impidió crear, con un compañero de colegio, una sociedad literaria a la que llamaron «Academia castellana» y escribir cartas firmadas como «Tu fiel Cipión». Aquel viejo interés reapareció en los elogios dirigidos a su traductor López-Ballesteros, en 1923. «El deseo de leer el inmortal Don Quijote en el original cervantino me llevó a aprender, sin maestros, la bella lengua castellana. Ahora puedo —ya en edad avanzada— comprobar el acierto de su versión española, cuya lectura me produce siempre un vivo agrado por la correctísima interpretación de mi pensamiento y la elegancia del estilo».

[Ver todos los artículos de esta serie.](#)